

Sentido y destino, un camino para entender lo humano desde el pensamiento filosófico de Maurice Blondel

JORGE IVÁN ÁLVAREZ GÓMEZ
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

Introducción

Para encontrar una respuesta a la cuestión formulada del sentido (o sinsentido) y el destino de la vida es importante precisar las razones epistemológicas a tener presentes en este texto. Para nadie es desconocido que un estudio filosófico acerca del hombre tiene que superar ciertas dificultades, que de alguna manera parecieran impedir un acceso directo al conocimiento.

El hombre, al preguntarse por su identidad esencial, no deja de percibirse problemático para sí mismo; él es el único ser que se interroga de manera radical. Jean Grondin (2005) escribe: “el sentido solo está allí donde nos sentimos apresados, aspirados, transportados fuera de nosotros mismos” (p. 154).

Corresponde, entonces, al filósofo explicar el sentido que tiene la vida en sus varios niveles, incluso aquel sentido que puede estar tan cerca de nosotros, tan unido a nuestras vidas, que a veces se tiende a olvidar. Sin embargo, este olvido de lo esencial se debe a que muchos se empecinan en pensar y mostrar que la pregunta por el sentido de la existencia, que es una pregunta metafísica, está desprovista de sentido y hace parte de los problemas insolubles.

¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué y para qué, o para quién estamos aquí? ¿Qué debemos y qué podemos hacer aquí? ¿Qué nos está permitido esperar? Son preguntas fundamentales de la filosofía, las únicas que importan. Pero, aunque nos conciernen a cada uno de nosotros, son preguntas a las que poco se responden o, lo que es lo mismo, frente a las que nos escabullimos con suma frecuencia esperando tener tiempo (Grondin, 2005).

Pero, desde la perspectiva actual del mundo, marcado por el alcance y el poder de la tecno-ciencia, donde existen sociedades y ciudadanos materialmente prósperos y, sin embargo, insatisfechos; donde “el precio a pagar por la ausencia de un proyecto personal es dejarse llevar por la presión de los medios de comunicación, que son hoy los grandes divulgadores de sentido” (Estrada, 2010, p. 12) adquiere importancia analizar el porqué el hombre pareciera estar desprovisto de respuestas a las preguntas más básicas de su existencia, como si se encontrara ante una situación de “crisis de sentido”¹.

Para ello abordaremos el pensamiento de Maurice Blondel en su obra fundamental *L'Action* (1893). Para el filósofo de Aix-en-Provence, el hombre está connaturalmente llamado a interrogarse sobre el sentido y el destino. Este interrogante, que esencialmente llevamos cada uno en sí mismo, pertenece prevalentemente al orden fenomenológico y se convierte en el problema que invade o repercute en todos sus actos.

La pregunta por el sentido y el destino, de este modo, deriva del hecho de que esta experiencia es a la vez una realidad simple y corriente, pero también compleja y plural; se trata de una cuestión filosófica perenne y válida, pero a veces olvidada por algunos pensadores que dudan de que la filosofía pueda decir algo válido (esto es, científico) a este respecto; se trata de “mostrar que la vida sí tiene sentido, que ese sentido brilla en la esperanza

¹ Constantemente escuchamos que nuestro mundo está en crisis, que está pasando por un momento de cambios profundos, radicales y universales. Se trata de una profunda transición en casi todos los planos de la existencia humana: sociales, culturales, morales, ideológicos, religiosos. Nos ha tocado la suerte, incómoda pero seductora, de vivir una hora difícil de la historia.

jamás ausente” (Grondin, 2005, p. 10) y que somos nosotros quienes tenemos que responder a este interrogante.

De este modo, nuestro propósito es mostrar al hombre que trata de encontrar su camino, en medio del mundo cambiante de nuestro tiempo, que existe una vía simple y recta en grado de comprobar la solidez de su inquietud antropológica.

Filosofía del sentido y sus posibilidades

La pregunta esencial es ¿cómo vivir la vida con sentido? Si nos atenemos a las declaraciones de José Jiménez en su obra *Filosofía y emancipación* (1984), la función de la filosofía ha sido y es la producción de “constelaciones de sentido”, en las que el hombre expresa sus raíces y su horizonte; la filosofía de suyo es “instauradora de sentidos”. “La filosofía es un elemento dinamizador, pero no acaba allí su función; antes bien, sirve de puente entre las ideas y su realización, ya que nos abre el sentido de la liberación y emancipación del hombre” (Jiménez, 1984, pp. 15,16). Así, la filosofía se convierte en un medio privilegiado de liberación; pues es la forma más general de adquirir autoconciencia, de cuestionarse y de diseñar finalidades, alternativas, características todas ellas propias de cualquier empresa emancipatoria².

Sin embargo, para algunos contemporáneos las búsquedas fundamentales para vivir con plenitud parecen ser banales e inútiles, pues rechazan que haya que preguntarse por el sentido de la vida y por los medios para lograrlo. Mientras para otros, como M. Blondel, es el ineludible deber y la gran aventura a la cual el hombre ha sido invitado para encontrar la clave del propio paraíso, siempre anhelado y siempre lejano. El hecho es que todos nosotros, sin quererlo, hemos nacido para hacer un viaje misterioso: “nuestra condición —como dice Vittorio Messori— es aquella de quien se despierta en un tren que transita en la noche” (1977, p. 12).

² En este sentido se comprenderá lo que más adelante diremos con Maurice Blondel, que la filosofía no es una doctrina sino una actividad.

Nos dice Cristóbal Holzapfel (2004):

Cuando hablamos del sentido, lo que más nos toca es su componente existencial, especialmente en lo que atañe al sentido de la existencia, el sentido de estar aquí, de esto que llamamos la vida. De este modo, el sentido nos pone directamente ante el enigma de la existencia, y revela con ello más que su componente existencial, su componente metafísico. Preguntarse por el sentido es preguntarse al mismo tiempo por el ser.

Sin duda alguna, “somos el lugar en donde se plantea la pregunta por el sentido de la existencia, de que esa pregunta se dirige a nosotros y de que somos nosotros quienes tenemos que responderla”. (Grondin, 2005, p. 19), independientemente de los distintos momentos o circunstancias de la misma existencia. Por lo tanto, el hecho fundamental es:

La pregunta por el sentido de la vida es constitutiva del hombre; los animales no se la plantean porque no necesitan un proyecto ni están obligados a responder creativamente a los retos que plantea la vida. El mecanismo de los instintos basta para la lucha por la supervivencia (Estrada, 2010, p. 11).

Pero, según Holzapfel (2004):

Cabe reconocer que la agudización de esta pregunta se da particularmente en momentos de quiebre, extravío, angustia y desesperación. Pero, cuando nos encontramos conformes, autosatisfechos, henchidos de entusiasmo y vitalidad, llenos de esperanzas y expectativas de logros y felicidad, la pregunta por el sentido más bien se opaca o palidece.

Lo anterior, manifiesta el carácter dinámico que tiene el sentido existencial, no se trata en absoluto de algo que podamos asegurar a través de la fuerza de nuestras convicciones o nuestras conquistas:

El carácter dinámico del sentido existencial nos revela pues que el sentido es siempre y en todo momento algo que estamos ganando o perdiendo. En términos verbales, diríamos, el sentido es de este modo afín al gerundio: nos estamos llenando o vaciando de sentido. Suele suceder que, al iniciar la caminata a lo largo de una cuadra, vamos llenos de sentido, pero ya en la

mitad comenzamos a vacilar, y hacia el final de la cuadro lo hemos perdido (Holzapfel, 2004).

Es por eso, que al plantearnos la pregunta por el sentido y el destino no podemos limitarla a lo que muchos denominan “fuentes dispensadoras de sentido”³ y que J. Grondin llama las diferentes visiones del mundo propias de cada uno; como si se tratara de una cuestión puramente subjetiva a la que cada uno debería responder a su manera:

En este caso, la cuestión del sentido de la vida depende de la idiosincrasia de cada uno: unos dirán que lo que da sentido a su vida es el trabajo, la labor humanitaria, la fe religiosa, una causa cualquiera; otros, que es su familia, o incluso alguna actividad que les proporciona satisfacción, el arte, el deporte, la música, salir con amigos, etcétera (Grondin, 2014, p. 82).

Al contrario, la pregunta por el sentido es en rigor *la pregunta por el sentido del sentido*, sin embarcarse en lo que para la gente vale como sentido, al recurrir, consciente o inconscientemente, a alguna fuente que lo inspire. Al formular el interrogante por el sentido que le es inherente a la misma pregunta regresamos a una de las cuestiones últimas y radicales de la filosofía:

El hombre es el único ser que puede ir más allá de sí mismo, que puede fijarse ideales o, dicho en otras palabras, que puede reconocer un sentido a su existencia. Y ese sentido no es otro que poder vivir su vida como si debiera ser juzgada, como si la vida debiera responder a una llamada, a una exigencia, a una esperanza que trasciende la animalidad del hombre y que funda su humanidad (Grondin, 2005, p. 24).

La pregunta “en sí misma”

Ser filósofo consiste en no dar nada por supuesto. Todos los seres humanos, incluidos los filósofos habitan el mismo mundo, pero estos se empeñan en

3 En este sentido se señalan como fuentes inspiradoras el amor, el saber, pero también la religión, la ciencia, la política o el arte.

preguntar cómo habitamos o podemos habitarlo. Lo mismo ocurre con la pregunta si la vida merece ser vivida, aunque algunos lleguen a experimentar la vida como un “sinsentido”⁴, ella no deja de ser “el interrogante por excelencia de la filosofía y la condición humana en su más alta posibilidad” (Grondin, 2005 p. 23) y el enigma de lo que somos para nosotros mismos.

Adentrándonos en el planteamiento gnoseológico del término *sentido* Holzapfel señala al menos, tres acepciones principales de las cuales en su propuesta filosófica privilegia la última:

1. El sentido en tanto *significado* de una palabra, pero también de una cosa, un suceso, una acción. 2. El sentido en cuanto *justificación*. Aquí, más que como el mero significado de algo, usamos la palabra sentido para referirnos a la justificación de un hecho, una acción, un suceso [...]. 3. El sentido en tanto *orientación*, salta a la vista que el sentido nos orienta, incluso, asociado con esto, esta palabra significa también “dirección”. Y se considera que puede tratarse tanto de la dirección que atañe a cierta decisión o acción, como del sentido supuestamente último de nuestra existencia individual, la de quienes nos rodean o de la humanidad toda (Holzapfel, 2005, p. 18).

J. Grondin, a su vez, nos indica que el sentido direccional designa un movimiento que, aplicado concretamente al caso del sentido de la vida, significa que ella tiene una extensión, un *cursus* que se extiende desde el nacimiento hasta la muerte:

Antes de nacer, yo no era; “yo” no iba hacia ninguna parte y mi vida, o la no-vida, no tenía ningún sentido; si acaso, en el límite extremo, lo tenía para mis padres, que deseaban un hijo. La vida no tiene sentido sino porque yo he nacido, por tanto, porque mi nacimiento está “detrás” de mí y porque mi vida “va” o “se va” a alguna parte. El término de ese recorrido es la muerte (Grondin, 2005, p. 37).

Desde esta perspectiva direccional del término, el sentido de la vida es una carrera que jamás ganaremos ya que todo confluye en la muerte, lo que

4 En el devenir histórico de la filosofía más de una generación consideró la vida como un absurdo, sin embargo se presuponen que debe tener un sentido

significa el fin de la existencia. Sin embargo, este mismo autor propone el sentido significativo o significativo, donde el sentido designa una capacidad de disfrutar de la vida; especialmente del sentido sensitivo que hace referencia directa al sabor, al gusto por las cosas, la capacidad de encontrarle un cierto sabor a la existencia misma:

Saber tomar el tiempo de vivir es disponer de un cierto “sentido” de la vida, saber reconocerle un cierto sabor a la vida, saber que es menos un conocimiento que una capacidad o un ser, y muy frecuentemente también una felicidad (Grondin, 2005, p. 40).

El último significado que le otorga Grondin al sentido es un **sentido reflexivo**, una capacidad de juzgar, de apreciar la vida. Se trata de una cierta sabiduría que conduce a hacer un juicio con sentido, se habla entonces de un “hombre sensato o sabio en cuanto a vivir su vida” (Grondin, 2005, p. 42).

Sin embargo, de todos estos significados el sentido direccional es el que propiamente tiene y expresa el carácter de sentido, ya que la existencia posee, a lo largo de su extensión en el tiempo, una cierta inteligibilidad de sí misma. Así una filosofía del sentido de la vida no busca imponer un sentido, sino más bien pretende encontrarlo en la misma vida; es decir, que la vida es la que tiene un sentido.

De ahí que se debe precisar cada vez mejor la pregunta en sí misma, pues no se trata de confundir la pregunta por el sentido de la vida con el sentido que le podemos dar a nuestras vidas; como si la vida no tuviera sentido antes de darle nosotros mismos ese valor: “hay un sentido de la vida que es anterior al orden humano, en el sentido en que toda vida está animada por una cierta dirección, por una cierta aspiración y, por tanto, por un cierto sentido” (Grondin, 2005, p. 68).

A esta noción ya se referían los filósofos griegos y especialmente Aristóteles al hablar de que la naturaleza en sí misma tiende hacia algo, hacia su lugar natural, hacia un fin o un *telos*. Sin embargo, la ciencia moderna considera repugnante hablar en este caso de sentido:

La ciencia limita claramente el mundo del sentido al orden de las producciones simbólicas o semánticas, y plantea que el universo se reduce

a un conjunto de masas provistas de sentido que se “mueven” según leyes puramente físicas y matemáticas. Ese es el único movimiento que la ciencia moderna busca explicar (Grondin, 2005, p. 69).

De este modo, la búsqueda del sentido de la existencia no puede hallarse en su propia extensión, la cual no está desprovista de una finalidad. Y aunque parezca contradictorio hablar de un fin, aun en medio de un devenir en curso, es bueno reafirmar que se trata de entender bien el sentido direccional de la vida, que no es otra cosa que una “cierta aspiración de la vida a la vida” (Grondin, 2005, p. 71).

Es propiamente en este horizonte, como debemos entender estas palabras:

Hay que continuar reinscribiendo la pregunta por el sentido de la vida; ya que interrogarse por el sentido no es solo preguntarse que “sistema de valores” conviene mejor a la vida, o tal vida en particular, sino darse a la tarea de llegar a estar atento a la tensión elemental de toda vida. La ciencia moderna, en su deseo de dar una explicación esencialmente mecánica de las cosas, nos ha convertido en un poco sordos a ese sentido elemental del sentido: su sentido direccional o de aspiración (Grondin, 2005, p. 71).

Maurice Blondel: el sentido y el destino en la acción

Maurice Blondel⁵, al lado de Jacques Maritain, Etienne Gilson y Gabriel Marcel, entre otros, es uno de los grandes filósofos católicos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Con su inquietud filosófica

5 M. Blondel nació en Dijon el 2 noviembre de 1861. Después de haber estudiado en Dijon el Liceo; en 1881 pasó a ser estudiante de L'École Normale Supérieure de Paris. Allí conoció a dos maestros que le dejaron una gran impronta: Ollé-Laprune, un testimonio del cristianismo en el mundo filosófico y universitario para quien la vida y pensamiento eran inseparables, y Émile Boutroux, del cual aprendió el análisis riguroso y el método con el cual trabajó su tesis. Perteneció a la época en que el dogma fundamental era que la razón humana podía entender todo y el cientificismo servía para todo, llegando a

sobre la aspiración infinita del hombre que se da en la acción, se destacó por el tratamiento de la cuestión de la vida⁶ o mejor por fundar un discurso que fuera irremediamente necesario e incontestable para cualquier hombre en relación con su existir.

Blondel se empeñó, sin despreciar la herencia dejada por la mayoría de los filósofos modernos⁷, por restituir a la filosofía el núcleo central que marca toda existencia humana, centrándose particularmente en la acción. De este modo, el *interrogante por el sentido y el destino del ser humano*⁸ ocupó un lugar relevante en lo que él llama *la ciencia de la acción*:

Lo que hay que construir es una ciencia de la acción. Una ciencia que no será tal sino en la medida en que sea total, porque toda manera de pensar y vivir deliberadamente implica una solución completa del problema de la existencia (Blondel, 1893/ 1996, p. 11).

controlar también las ciencias del hombre. Propio en este ambiente Blondel comienza a elaborar su tesis doctoral sobre *L'Action*, la cual llega a defender con valor y rigor filosófico en 1893. Esta tesis suscitó tan numerosas polémicas que terminaron por obstaculizar su carrera universitaria. Al final logró ser nombrado "maître de conférence" en Lille y profesor en Aix-en-Provence hasta 1927, cuando, por una grave enfermedad en sus ojos que lo condujo a la ceguera total, se vio obligado a retirarse de la enseñanza. Escribió numerosos estudios y ensayos durante su vida, pero sobre todo se propuso la realización de su famosa triología: *La pensée* I e II (1934), *L'Être et les êtres* (1935) e *L'Action* I e II (1936 e 1937). Murió el 4 junio del 1949. Sobre su tumba quedó solamente la simple frase: «profesor de filosofía».

- 6 La tesis de la acción (1893) tiene como subtítulo "ensayo de una crítica de la vida y una ciencia de la práctica", poniendo el acento no en la razón sino en la vida, o sea la vida humana en su desarrollo biológico, cognoscitivo, moral, social, ontológico y religioso que la constituye.
- 7 Recordemos que la época Moderna nos remite a la idea de una filosofía que no olvida nunca el "cogito" como fundamento del conocimiento objetivo.
- 8 El subtítulo de la IV parte de la Acción dice significativamente que *Los términos del programa del destino humano están planteados de manera forzosa y de modo voluntario* mientras que en la V parte (El acabamiento de la acción) alude directamente al *término del destino humano*.

Esto significó, desvelar lo que estaba al mismo tiempo implícito en la sucesión de los actos que componen la vida de todo hombre; de este modo esta ciencia no tiene como objeto la lógica o cualquier fenómeno natural, sino la praxis, es decir, aquello que surge del actuar:

La Acción, siendo a la vez una doctrina del conocimiento, del deber, de la acción y del ser, se había limitado voluntariamente a la inquietud y al aspecto moral del problema del destino, más que a las dificultades metafísicas y al problema total del actuar (Durante, 1935, p. 199).

Es por esto por lo que la práctica pasa a ser analizada científica y filosóficamente, más allá de lo que había propuesto Pascal acerca del problema de la existencia: "todos nosotros nos vemos embarcado"⁹, sin consultarnos, en la aventura del existir humano, sin darnos cuenta de la plenitud del sentido. Sin embargo, apreciando el valor esencial que tiene esta tesis pascaliana sobre la importancia de la práctica en orden a la opción religiosa, Blondel considera que el problema no es solamente hacer la travesía de la vida, sino ir hasta el fondo de la cuestión y aclarar *por qué "somos embarcados"* en el deber vivir y decidir: "En efecto, no es suficiente que la travesía sea favorable, la pregunta más bien es esta: ¿por qué estoy yo embarcado?" (Blondel, 1893: 1996, p. 374).

Mientras en Pascal la cuestión queda en gran parte en la oscuridad, con Blondel encontramos una opción necesaria que se realiza racionalmente, pues querámoslo o no, nuestros actos humanos determinan nuestra existencia. "El problema es inevitable, el hombre lo resuelve inevitablemente; y esta solución, justa o errada, pero voluntaria y al mismo tiempo necesaria, cada uno la lleva en las propias acciones. Por eso es necesario estudiar la *acción*" (Blondel, 1893: 1996, p. 3).

Ya desde la introducción al texto se expresa que todo hombre está obligado a afrontar y resolver implícitamente su vida por medio de sus actos. Estamos necesariamente condenados a actuar y en la acción condenados a escoger el camino concreto que ella debe seguir. Se trata de la cuestión englobante —el hombre y su destino— que involucra cada parte de aquel

9 La expresión de Pascal es "vous êtes embarqué".

que pone la cuestión en su integridad y que a su vez no puede ser considerada a la manera como se resuelven los problemas afines a las ciencias positivas. En el fondo, busca comprender, en el conjunto del ser del hombre, todo aquello que está universal y necesariamente implicado en nuestros actos:

(...) Tampoco yo pretendería conocerme y experimentarme, adquirir certezas ni apreciar el destino del hombre, si no pusiera en el crisol todo el hombre que llevo en mí; para existir, siempre es necesario que yo quiera existir, a pesar de la aparente desproporción que hay entre lo que sé, lo que quiero y lo que hago; que quiera existir, por temibles que puedan ser las consecuencias de mis actos, hasta el punto de que, siendo capaz de perderme, pero no de escapar a mí mismo, existo, pero sería mejor para mí no existir. Para ser, debo querer ser, aun cuando tenga que llevar en mí la dolorosa contradicción que hay entre lo que quiero y lo que soy. No hay arbitrariedad ni tiranía en mi destino (...) Nada tengo que no haya recibido, y, sin embargo, es necesario al mismo tiempo que todo surja de mí, incluso el ser que he recibido y que me parece impuesto; es necesario que, haga o sufra lo que sea, yo sancione este ser; que, por así decirlo, lo engendré de nuevo mediante una adhesión personal, sin que jamás mi más sincera libertad lo desautorice. Es esta voluntad, la más íntima y libre, la que importa reencontrar en todos los actos y llevarla finalmente hasta su perfecto acabamiento. Todo consiste en establecer una equivalencia entre el movimiento reflejo y el movimiento espontáneo de mí querer. Ahora bien, es en la acción donde se define esta relación de equivalencia o de discordancia. Por eso es tan importante estudiar la acción: porque manifiesta a la vez la doble voluntad del hombre, porque, construyendo en él como un mundo que es su obrar original y que debe contener la explicación completa de su historia, construye al tiempo todo su destino. (Blondel, 1893: 1996, p. 16).

La Acción y su gran interrogante

La Acción, como lo hemos insinuado, es un penetrante estudio encaminado a todas las dimensiones de la existencia humana y del mundo que nos circunda. Es el fruto maduro del empeño blondeliano que se aplica a fondo para

encontrar una solución al problema vital, que no es otro que la inadecuación entre aquello que *je suis* y aquello que *je veux être*¹⁰.

Llama la atención que la obra tenga como punto de partida no una simple constatación del hecho de la vida, sino una pregunta, que nos impone actuar y comprender el significado de ese mismo actuar. Es un interrogante que plantea el problema metafísico del ser en el ámbito del destino humano y del sentido de la existencia. Es una investigación en la que cada uno se juega la vida; pues siempre se busca aquello que no se tiene o también aquello que se ha perdido. Así la respuesta al interrogante planteado “¿Sí o no? ¿Tiene la vida humana un sentido y el hombre un destino?” (Blondel, 1893: 1996, p. 3), solo puede depender de la orientación personal y responsable que cada ser humano conceda a su existencia.

Ampliando un poco el horizonte son varios los filósofos, más que el vulgo, que han centrado su reflexión en lo que hay de directo y específico en todo obrar¹¹, cualesquiera que sean las múltiples aplicaciones que puedan hacerse del mismo. Al remontarnos hasta los orígenes etimológicos de donde procede nuestra palabra obrar, comprobamos que las ideas a la cual la palabra permanece fiel, son las de una iniciativa motriz y productora.

La palabra griega *agein* (empujar, presionar) y la latina *agere* (empujar, conducir), evocan por su raíz la imagen de mover, la idea de impulsar. En francés, por su parte, el sentido de obrar se ha replegado y se ha concentrado en sí mismo. No apunta tanto al despliegue y al resultado, sino al hecho de que la causa anterior e interior preside, así sea de modo imperceptible, a las diversas clases de movimientos: “traslado local, cambio cualitativo, generación o destrucción. De este modo, la palabra obrar expresa la noción de una íntima iniciativa, inmanente o transitiva, cuya fuente es invisible” (Morales Flórez, 2002, p. 29). El término acción implica una elaboración, algo que se hace, o la aspiración de un ser que se realiza y realiza su propia obra, sea de un golpe y por su iniciativa esencial, sea por múltiples operaciones, a través de resistencias o de cooperaciones.

10 Aquello que yo soy y aquello que yo quiero ser.

11 Aunque muchos creen haberlo dicho todo cuando lo identifican con un principio creador y otros, por su parte, piensan haberlo eliminado como problema al reducirlo a meros impulsos pasivos o al determinismo universal.

De estas simples observaciones resulta que la palabra acción presupone, por lo menos, la distinción de tres significados, que pueden separarse o no: en primer lugar, la acción indica el impulso iniciador, en lo que tiene a la vez de vivo y fecundo, de productivo y finalista. En segundo lugar, la acción puede designar la serie continua y progresiva de los medios empleados; proceso necesario a la ejecución del designio inicial que debe recorrer el intervalo que separa el proyecto del efecto o, según la expresión escolástica, el *terminus a quo* del *terminus ad quem, per gradus debitos*¹². Finalmente, la acción puede designar el resultado obtenido, la obra adquirida, el acabamiento realizado. Ese resultado puede entonces considerarse, no tanto como un objeto bruto, sino una especie de creación viviente, donde la eficiencia y la finalidad han logrado unirse, valorando todas las potencias mediadoras que sirvieron “para esa maravillosa innovación que evoca la palabra tan llena de misteriosas riquezas: obrar” (Morales Flórez, 2002, pp. 30-31).

Al describir someramente los aspectos que evocan los términos obrar y acción descubrimos que no todos ellos traen consigo un resultado favorable y positivo, pues muchos de ellos han conducido a no pocos equívocos, confusiones, parcialidades e interpretaciones apresuradas; por tal motivo, con el término “*Action*”, Blondel, no se refiere a un tipo u otro de acciones, sino a “la acción global de la vida, que de hecho se da, y a la vez pregunta por su sentido” (Henrici, 1993, p. 530), por la condición inevitable de actuar y de vivir. Se trata de seguir lo que Blondel llama la “lógica escondida de la acción” hasta encontrar aquello que verdaderamente buscamos cuando actuamos; en otras palabras, qué cosa es aquello que nos hace falta y nos empuja a actuar siempre, a ir más allá de cada meta alcanzada.

Buscar si la vida tiene un sentido y el hombre tiene un destino es una cuestión “trascendental”, condición de posibilidad de cualquier otra condición del hombre, porque exactamente esta pregunta del sentido de la vida hace parte de nuestra estructura ontológica, y está permanentemente presente en nuestro mismo acto de existir y en todo nuestro actuar: “Esta necesidad se me presenta como un deber, porque toda acción me obliga a una decisión y a renunciar a otras numerosas acciones que hubieran sido posibles en lugar de aquella” (Henrici, 1993, p. 529).

12 El término a partir del cual, del término a donde se dirige, guardando los pasos debidos.

Inspirándonos en J. Lacroix, comentador del pensamiento blondeliano, podemos decir que “el hombre es acción” (1996, p. 16) ya que la acción se le plantea siempre como tarea, como quehacer, como responsabilidad de sí mismo. Por eso, será necesario entonces que todo hombre, como insiste Blondel, tome en serio “el problema de la acción”¹³; que se decida a seguir en profundidad la llamada hacia la propia autorealización, hacia lo mejor de sí mismo, hacia la más propia y más íntima cuestión. De este modo, existe una indisoluble unión entre buscar y vivir, conocer y existir (ser) ya que “la acción unifica realmente todos los órdenes que constituyen la persona humana; y a la vez hace que ella misma se encamine más allá del orden de la carne y del espíritu, a la necesaria apertura a un posible sobrenatural” (Leclerc, 2000, p. 7) o a un supremo orden del amor.

En efecto, podemos decir que es la consideración del hombre propio como es, en relación con sus semejantes y envuelto en el mundo natural, el hombre de carne y hueso, de decisiones y deseos, que comparte la existencia con seres materiales más humildes, que realiza la existencia con todos los otros vivientes, pero que además de ser consciente de su existir y vivir, busca ir más allá de sí mismo, de aquello que, en el hombre, “supera infinitamente al hombre” (Leclerc, 2000, p. 119).

Este análisis de la cuestión del sentido, desde la Acción nos lleva a una “categoría que hace parte de una existencia concreta y vivida, la voluntad de ser (Blondel, 1893/1996, p. 16), que no es solamente una búsqueda para encontrar el sentido, sino el “llenarnos” de sentido; no es detenerse en un solo tipo de acción, sino adecuar la voluntad querida a la voluntad más íntima, a la voluntad que quiere¹⁴. Es así como, “la voluntad” se constituirá en la luz, el motor y el fin del sentido de la existencia.

13 Blondel considera la Acción como el lugar propio de la producción del sentido humano, aquello que intereza a cada hombre.

14 Se trata de lo que se denomina “la doble voluntad del hombre”, voluntad como principio de acción y como fin de ser alcanzado

Conclusiones

El sentido y el destino constituyen el problema que cada hombre necesariamente debe resolver; es la cuestión universal que todo hombre lleva en sí y lo resuelve implícitamente, pero ya no solo con sus palabras o con su pensamiento, sino a través de sus actos, a través de su obrar. Por eso, hoy más que nunca continúan vigentes algunos interrogantes: ¿en qué consiste precisamente el obrar?, ¿hacia dónde tiende? ¿por dónde pasa?, ¿hacia qué fin se dirige la acción? ¿Es el obrar algo simplemente transitivo, que no comporta ninguna otra naturaleza esencial, sino la de un movimiento que no puede detenerse sin dejar de ser él mismo y por consiguiente constituye una perfección?, ¿o es que puede concebirse la acción como inmanente a sí misma, como una vida íntimamente fecunda y absolutamente determinable y especificada en sí, sin ese eterno acabamiento y esa perfecta definición?

Ya que la acción nos aparece ligada a la evidencia de una operación sucesiva que no podría congelarse en un concepto es necesario entonces estudiarla con rigor como nos lo propone nuestro autor. No se trata del vaivén incesante de ideas y de las reacciones pasionales, sino del principio de toda actividad verdadera, precisamente para discernir las condiciones, “la naturaleza y el destino humano (Blondel, 1893/1996, p. 13-14).

No se trata de un proyecto, de un croquis o de un presupuesto, sino de un todo, en el que el hombre se ve envuelto y comprometido totalmente con su existencia. Blondel nos describe los diversos aspectos bajo los cuales nos aparece espontáneamente la acción:

La acción aparece primero como un *hecho universal* que puedo constatar en mí como en todo hombre. Pero ella se presenta también como una *necesidad* a la que es imposible escapar, en este sentido aparece como independiente de mi libertad. Además, ella se manifiesta frecuentemente como una *obligación* de orden moral que me impone elecciones dolorosas, renunciaciones y sacrificios. Así mismo, es *imposible detenerse*, necesita ir adelante, empeñarse si no se quiere perder todo, necesita comprometerse. Pero esto no implica que ella se haga totalmente evidente, la acción *jamás va acompañada de una total claridad*, sin embargo, no puedo esperar a actuar hasta que la evidencia haya aparecido; porque es imposible cumplir todo aquello que he decidido,

porque muchas veces no hago todo aquello que quiero; como también, una vez realizados mis actos aparecen una serie infinita de *consecuencias* ineludibles, que no puedo dominar (Blondel, 1893: 1996, pp. 3-5).

De este modo, vemos que la acción no se realiza nunca en vaso absolutamente cerrado. Ella nos lanza a aquello que no puede ser suprimido, una vez realizado, y por muy insignificante o parcial que parezca cualquiera acción, modifica la vida misma, provoca resistencia o reacciones, nos lleva a experimentar la presión universal. En otras palabras, como también se ha interpretado:

Desde el punto de vista físico, la acción no escapa nunca a sujeciones y determinismos, y desde el punto de vista metafísico, tampoco escapa jamás a la verdad del principio del cual surge, aquello que, habiendo sido puesto en el ser, permanecerá eternamente como algo que ha sido dado (Morales Flórez, 2002, p. 24).

En conclusión, cualquiera que sea nuestra concepción de libertad, vemos que “todo el peso de la necesidad” recae sobre mis actos, cualesquiera que ellos puedan ser. Es propiamente esta “necesidad”, que necesita ser justificada, la que manifiesta la más íntima aspiración del hombre por darle un sentido a su existencia: “En la práctica, nadie escapa al problema de la práctica. No se trata solo de que cada uno se lo plantee, sino de que inevitablemente cada uno lo soluciona a su manera” (Blondel, 1893:1996, p. 5).

Y aunque Blondel no solía elaborar definiciones, hay un texto significativo que indica que la acción busca una síntesis:

Con el pretexto de revitalizar y de fortificar quizá la razón práctica, se la ha arruinado con el mismo ataque que da un golpe de muerte a la razón pura. Para todos, sépanlo o no lo sepan, es una cuestión de metafísica, de moral y de ciencia, y a la vez es el problema de la vida. La acción es la síntesis del conocer, del querer y del ser, el vínculo del compuesto humano, que no se puede escindir sin destruir todo lo que se ha escindido. Es el punto preciso donde convergen el mundo del pensamiento, el mundo moral y el mundo de la ciencia (Blondel, 1893:1996, p. 52).

Referencias

- Blondel, M. L. (1893/1996). *La Acción. Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).
- Durante, G. (1934). Il pensiero filosofico di Maurizio Blondel nel suo sviluppo storico. *Rivista di Filosofia Neo-Scolastica*, 27(2), 198-223.
- Estrada, J. A. (2010). *El sentido y el sinsentido de la vida. Preguntas a la filosofía y a la religión*. Madrid: Editorial Trotta.
- Grondin, J. (2005). *Del sentido de la vida. Un ensayo filosófico*. (J. Dávila, trad.). Barcelona: Herder.
- Grondin, J. (2014). *A la escucha del sentido, conversación con Marc-Antoine Vallé*. (M. P. Irazazábal, trad.). Barcelona: Herder.
- Henrici, P. (1993). Maurice Blondel. En E. Coreth. (Ed.), *Filosofía Cristiana en el pensamiento católico de los siglos XIX y XX* (pp. 530-563). Madrid: Ediciones Encuentro.
- Holzappel, C. (2004). Explorando la pregunta por el sentido. En Universidad de Concepción Chile (*Septiembre 2008*). Recuperado de <http://www.plataforma.uchile.cl>. <http://blogconfederacion.blogspot.com.co/2013/05/explorando-la-pregunta-por-el-sentido.html>
- Holzappel, C. (2005). *A la búsqueda del sentido*. Santiago de Chile, Chile: Editorial Sudamericana.
- Jiménez, J. (1984). *Filosofía y Emancipación*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Lacroix, J. (1996). *Maurice Blondel. Su vida, su obra*. Madrid: Taurus.
- Lecler, M. (2000). *Il destino umano nella luce di Blondel*. Assisi: cittadella editrice.
- Messori, V. (1977). *Ipotesi su Gesù*. Torino: Società Editrice Internazionale.

La crisis del humanismo: reflexiones en torno al quehacer humano desde la perspectiva de Hannah Arendt

WILMAN ALEXIS GALEANO BUILES
UNIVERSIDAD CATÓLICA LUIS AMIGÓ

Introducción

Estamos en una época donde los seres humanos vivimos en función de lo que Arendt denomina la fabricación, dicho quehacer humano consiste en la transformación del entorno en pro del bienestar humano, y al cual esta pensadora lo llama *trabajo*. Una característica importante del fabricar es que *lo humano* del hombre se pierde, por lo que el hacer se limita a la producción y a satisfacer las necesidades creadas por la sociedad moderna. Por otra parte, Hannah Arendt reflexionando sobre este fenómeno propone volver a un humanismo, no al estilo renacentista del concepto, sino más bien como una reinterpretación de la realidad humana, sobre todo desde la perspectiva de lo que ella denomina *comprensión*.

Para que los hombres puedan *comprender* su realidad, deben ante todo humanizar el contexto histórico en el que se desempeñan. Arendt considera que la clave para la comprensión está en la historia, la cual desde la modernidad se ha venido considerando como un proceso que ha de llevar a la consecución de un producto, resultado de ello, las diversas confrontaciones bélicas que han deshumanizado a los hombres. Como este tipo de historia no responde a las necesidades de la humanización, la autora expone que debemos volver al origen —*arkein*— del concepto mismo, por lo que retoma el pensamiento homérico como punto de partida para desarrollar su idea humanista de la historia.